

LIBRO SEXTO

(1736.)

*Hac erat in votis : modus agri non ita magnus,
Hortus ubi, et tecto vicinus jugis atque fons :
Et paulum sylvæ super his foret...¹.*

Y no puedo añadir :

*Auctius atque
Di melius fecere²;*

no importa, no necesitaba más, ni para nada quería la propiedad; me bastaba gozarla; y hace ya mucho tiempo que he dicho y observado que el propietario y el poseedor son á menudo dos personas muy distintas, aun dejando aparte los maridos y los amantes.

En esta época comienza el corto período de mi felicidad en la vida, y trascurren los apacibles, si bien rápidos momentos que me dan derecho para decir que he vivido. ¡Momentos preciosos y tan echados de menos! ¡ah! empezad de nuevo para mí vuestro agradable curso; deslizaos por mi memoria más lentamente que lo hicisteis realmente en vuestra sucesión fugitiva. ¿Cómo podré prolongar á mi gusto este relato tan sencillo y conmovedor para repetir siempre lo mismo sin fas-

¹ He aquí lo que deseaba : un campo no muy grande, un huerto y una fuente junto á la casa; y juntamente con esto un pequeño bosque. (Sat. II, VI, Horacio.)

² Los dioses me han concedido más de lo que deseaba. *Ibid.*

tidar más á mis lectores, recordándoles que yo no me fastidiaba, empezando de nuevo sin cesar? Si al menos consistiese todo en hechos, en acciones, en palabras, me sería fácil describirlo y representarlo en cierto modo; mas, ¿cómo he de referir lo que no era dicho ni hecho, ni siquiera pensado; sino gozado, sentido, sin que pueda indicar otro objeto de mi felicidad que este mismo sentimiento?

Me levantaba con el sol y era dichoso; me paseaba y era dichoso; veía á mamá y era dichoso; me apartaba de ella y era dichoso; recorría los bosques, las cuevas, divagaba por los valles, leía, estaba ocioso, trabajaba en el jardín, cogía la fruta, ayudaba al arreglo de la casa y por todas partes me seguía la felicidad; no se hallaba ésta en ningún objeto determinado; estaba toda en mí mismo sin poder abandonarme un solo instante.

Nada de cuanto me sucedió en aquella grata época, nada de cuanto hice, dije ó pensé en todo el tiempo de su duración se ha borrado en mi memoria. Los tiempos anteriores y posteriores se reproducen en ella por intervalos; los recuerdo desigual y confusamente; pero éste lo tengo tan presente como si durase todavía. Mi imaginación, que en mi juventud iba sin cesar adelante y ahora retrograda, compensa con estos dulces recuerdos la esperanza que he perdido para siempre. Nada veo ya en lo porvenir; sólo las excursiones á lo pasado son capaces de halagarme, y estos recuerdos tan vivos y verdaderos de la época á que me remonto me hacen vivir feliz con frecuencia á pesar de mis infortunios.

Sólo pondré un ejemplo de estos recuerdos para que pueda juzgarse de su fuerza y verdad. El primer día que fuimos á pernoctar en las Charmettes, mamá iba en silla de manos y yo la seguía á pie. Nos encontramos con una cuesta; ella pesaba bastante, y temiendo fatigar demasiado á los conductores, quiso bajar, poco más ó menos, á la mitad del camino para

andar el resto á pie. Siguiendo nuestra marcha, vió algo azul en el vallado y me dijo: «Mira, una vincapervinca aún en flor.» Nunca había visto esta planta, no me bajé para examinarla y tengo la vista demasiado corta para distinguir las plantas en la tierra desde la altura de mis ojos. Solamente eché un vistazo sobre ésta al pasar, y han pasado casi treinta años sin que yo haya visto vincapervinca, ó si la he visto no me he dado cuenta de ello. En 1764 hallándome en Cressier con mi amigo du Peyrou, subíamos á una pequeña montaña en cuya cima existe un bonito salón, á que da con razón el nombre de Bellavista; yo empezaba entonces á herborizar un poco. Al subir mirando entre las breñas, lancé un grito de alegría, exclamando: «¡He aquí una vincapervinca!» y lo era en efecto. Du Peyrou notó mi emoción, más ignoraba la causa; espero que la sabrá, leyendo esto algún día. El lector está en el caso de apreciar por la impresión de tan pequeño objeto, la que han debido causarme todos los que se refieren á la misma época.

Sin embargo, el aire del campo no me volvió mi primitiva salud; mi estado era lánguido y lo fué más. No pude soportar la leche, y me vi obligado á dejarla. Entonces estaba de moda el aplicar el agua para todo remedio; me dediqué al agua con tan poca discreción que por poco me cura, no de mis dolencias, sino de la vida. Cada mañana al levantarme me iba á la fuente con una gran copa y bebía sucesivamente, paseándome, hasta un par de botellas. Dejé enteramente el vino en mis comidas. El agua que bebía era algo cruda y de difícil digestión como lo son la mayor parte de las aguas de montaña. En una palabra, lo hice tan bien, que en menos de dos meses me eché á perder completamente el estómago, que había conservado muy bueno hasta entonces. No pudiendo digerir, comprendi que no había ya que esperar mi curación.

Por este mismo tiempo, me ocurrió un accidente tan singular por sí mismo, como por sus consecuencias, que durarán mien-

tras viva. Una mañana, sin estar más enfermo que de costumbre, levantando una pequeña mesa sobre su pie, experimenté en todo mi cuerpo una revolución súbita y casi inconcebible; con nada puedo compararla mejor que con una especie de tempestad que se levantó en mi sangre y recorrió en un solo instante todos mis miembros. Mis arterias latían con tanta fuerza, que no solamente sentía sus sacudidas, sino que hasta las oía, sobre todo las de las carótidas ¹. Á esto se unió un gran ruido en los oídos, ruido que era triple ó mejor cuádruple, á saber: un zumbido grave y sordo; un murmullo más claro, como de agua corriente; un silbido muy agudo, y la agitación arriba mencionada, cuyas pulsaciones podía contar fácilmente sin tocarme el pulso ni el cuerpo con las manos. Este ruido interior era tan grande que me quitó la delicadeza de oído que antes tenía y me dejó no enteramente sordo, pero sí con una dureza que la conservo desde aquel entonces.

Júzguese de mi sorpresa y mi espanto. Me creía muerto: me metí en cama; se llamó al médico; le referí el hecho estremeciéndome, y pensando que no tenía cura. Yo creo que él fué de igual parecer; no obstante desempeñó su papel. Me endilgó una serie de razonamientos, de que no entendí palabra; luego, en consecuencia de su sublime teoría, empezó *in anima vili* la cura experimental que le plugo ensayar. Pero era tan penosa, tan desagradable, y obraba tan poco, que me cansé pronto, y al cabo de algunas semanas, viendo que no mejoraba ni empeoraba, abandoné el lecho, volviendo á la vida ordinaria con la agitación de mis arterias y mis zumbidos, que desde aquella fecha, es decir desde hace treinta años, no me han dejado un solo instante.

Hasta entonces había sido muy dormilón. La completa privación del sueño, que se agregó á todos aquellos síntomas y

¹ Nombre de las dos arterias que conducen la sangre al cerebro.

que hasta ahora los ha acompañado constantemente, me acabó de persuadir de que se me acababa la vida, y esta persuasión me tranquilizó por algún tiempo respecto al cuidado de curarme. No pudiendo prolongar mi existencia, resolví sacar todo el partido posible de la poca vida que me restaba, lo que, por un singular favor de la naturaleza, me era posible, y á pesar de hallarme en tan fatal estado, no sufría los dolores que parece debía acarrear. Me sentía importunado, molestado por este ruido, pero no me hacía padecer; no estaba acompañado de ninguna otra incomodidad habitual más que del insomnio durante las noches, y, á todas horas, de una respiración corta que no llegaba al asma, y no se dejaba sentir sino cuando quería correr ú obrar con alguna viveza. Este accidente que debía matar mi cuerpo, no mató más que mis pasiones, y cada día bendigo al cielo por el excelente efecto que en mi espíritu produjo. Bien puede decirse que no empecé á vivir hasta que me tuve por muerto; dando á las cosas que iba á dejar su verdadero valor, comencé á ocuparme de objetos más elevados, como anticipándome á los que habrían de ocuparme en breve y que hasta la sazón había descuidado. Frecuentemente había disfrazado la religión á mi manera, pero jamás había dejado de tener alguna; así, me costó menos volver á esta materia, tan triste para mucha gente, como dulce para el que hace de ella un objeto de esperanza y de consuelo. En esta ocasión, mamá me fué mucho más útil que los teólogos.

Ella, que nunca dejaba de sistematizar, había seguido igual procedimiento con la religión, y este sistema era un compuesto de ideas chocantes; unas muy sanas, otras muy locas; sentimientos relativos á su carácter y preocupaciones hijas de su educación. En general, los creyentes se forman un Dios á su imagen y semejanza; los buenos bueno, y malo los malvados á los beatos, rencorosos y biliosos, como quisieran condenar;

todo el mundo, no ven más que el infierno, en que apenas creen las almas dulces y amantes; y una de las cosas que menos puedo explicarme es ver al bondadoso Fenelón hablar de él en su *Telémaco*, cual si creyera de veras; pero confío en que mintió entonces, porque al fin, por muy verídico que uno sea, siendo obispo, es necesario que mienta alguna vez. Mamá no mentía conmigo, y aquella alma sin hiel que era incapaz de concebir un Dios vengativo y siempre airado, sólo veía clemencia y misericordia donde los devotos no descubren más que justicia y castigo. Á menudo decía que Dios no sería justo, si obrara justamente con nosotros; pues, no habiéndonos dado lo necesario para serlo, exigiría que le devolviésemos más de lo que nos había dado. Lo más singular es que, sin creer en el infierno, no dejaba de creer en el purgatorio. Esto procedía de que no sabía qué hacerse de las almas de los malos, no pudiendo condenarlas ni colocarlas entre las de los buenos hasta que lo fuesen; preciso es convenir en que efectivamente, así en este mundo como en el otro, los malos son siempre un gran estorbo.

Otra rareza: como se ve, toda la doctrina del pecado original y de la redención queda destruida con este sistema; conmueve la base del cristianismo vulgar, y por lo menos con ella el catolicismo no puede subsistir. Sin embargo, mamá era buena católica ó pretendía serlo, y es bien seguro que lo pretendía de buena fe. Le parecía que se interpretaban las Escrituras demasiado literal y duramente. Todo lo que en ella se lee de los tormentos eternos le parecía conminatorio ó figurado. La muerte de Jesucristo era para ella un ejemplo de caridad, verdaderamente divino, para enseñar á los hombres á amar á Dios y á sus semejantes. En una palabra, fiel á la religión que había abrazado, admitía de ella sinceramente toda la profesión de fe; mas, descendiendo á pormenores, se descubría que sus creencias divergían mucho de las de la Iglesia, á la que

sin embargo se sometía. En esta materia tenía una sencillez de corazón, una franqueza más elocuente que todos los ergotismos y que frecuentemente ponía en aprietos á su confesor; pues ella nada le ocultaba. «Yo soy, le decía, buena católica y quiero serlo siempre; adopto con todas mis fuerzas las decisiones de la Santa Madre Iglesia; no soy dueña de mi fe, pero lo soy de mi voluntad; la someto sin reserva y quiero creerlo todo; ¿qué más exigís de mí?»

Aunque no hubiese habido moral cristiana, opino que ella la habría seguido; de tal modo se acomodaba ésta á su carácter. Practicaba cuanto estaba prescrito, pero caso que no lo hubiese estado, su conducta habría sido la misma. En las cosas indiferentes le era agradable obedecer; y si no le hubiera estado permitido y hasta prescrito comer de carne, habría comido de viernes á solas con Dios y su conciencia sin que la prudencia hubiese intervenido para nada. Mas toda esta moral estaba subordinada á los principios del señor de Travel, ó más bien, ella pretendía no ver en la suya nada contradictorio. Se hubiera acostado con veinte hombres cada día con la conciencia tranquila, y sin sentir más escrúpulo que el deseo. Sé perfectamente que muchas devotas tampoco son en esto muy escrupulosas; mas la diferencia está en que á éstas las seducen las pasiones, y á ella sus sofismas. En las conversaciones más patéticas, y me atrevo á decir más edificantes, tocó este punto sin cambiar de tono ni de expresión y sin creer contradecirse ella misma. En caso necesario, hubiera dejado la conversación para pasar al hecho, y luego la hubiera seguido con la serenidad de antes; tan íntimamente estaba convencida de que todo eso no era más que máxima de buen orden social, que toda persona sensata podía interpretar y aplicar ó no, según las circunstancias, sin el menor riesgo de ofender á Dios. Aunque en este punto yo no era á buen seguro de su parecer, confieso que no me atrevía á replicarle, porque me aver-

gonzaba el papel poco galante que hubiera debido hacer para ello. Hubiera procurado con gusto establecer la regla para los demás, procurando descartarme; pero además de que su temperamento era bastante para evitar el abuso de sus principios, sé muy bien que no era mujer á propósito para admitir la permuta, y que reclamar la excepción para mí era dejársela para todos los que quisiesen. Por lo demás, cuento aquí accidentalmente esta inconsecuencia entre las demás, aunque produjo poco efecto en su conducta y entonces no produjo ninguno; mas he prometido exponer fielmente sus principios, y quiero cumplir esta promesa.

Volvamos de nuevo á mí. Hallando en ella todas las máximas que necesitaba para poner mi alma á cubierto de los terrores de la muerte y de sus efectos, me sumergía con seguridad en este piélago de confianza. Me entregaba á ella más que nunca; hubiera querido trasladarle toda mi vida, que sentía próxima á abandonarme. De esta superabundancia de afecto hacia ella, de la persuasión de que me quedaba poco tiempo de vida, de la profunda seguridad en mi futura suerte, resultaba un estado habitual muy tranquilo y hasta sensual; pues, apagando todas las pasiones que prolongan nuestros temores y nuestras esperanzas, me permitía gozar, sin inquietudes ni recelos, de los escasos días que me restaban. Una cosa contribuía á hacerlos más agradables, y era el deseo de alimentar su gusto por el campo por medio de todas las diversiones que me era posible acumular. Haciéndole amar su jardín, sus crías de animales domésticos, sus palomas, sus vacas, yo mismo me aficionaba á todo esto; y estas ligeras ocupaciones, que me entretenían todo el día sin turbar mi tranquilidad, me valieron más que la leche y más que todos los específicos para conservar mi pobre máquina y aun restablecerla en lo posible.

Las vendimias, la recolección de los frutos, nos divertieron

el resto de este año y nos aficionaron más y más á la vida rústica en medio de las buenas gentes que nos rodeaban. Vimos con dolor aproximarse el invierno y regresamos á la ciudad, como si fuese un destierro; y más aún, como aquel que no esperando ver la primavera, creía despedirse de las Charmettes para siempre, las abandoné no sin besar la tierra y los árboles y sin volverme varias veces al marcharnos.

Habiendo dejado mis alumnas desde mucho tiempo, y perdido el gusto de las diversiones y reuniones de la ciudad, ya no salía de casa, ni veía á nadie, exceptuando á mamá y al señor Salomón, que desde hacía poco era su médico y el mío; hombre honrado y de ingenio, gran cartesiano, que hablaba bastante bien del sistema del mundo y cuyas gratas é instructivas conversaciones me fueron más provechosas que todas sus recetas. Jamás he podido tolerar ese cúmulo insignificante y tonto de las conversaciones ordinarias; mas las útiles y sólidas siempre me han causado un gran placer y nunca las he rehusado. Me aficioné á la del señor Salomón; me parecía que hablando con él me anticipaba á los profundos conocimientos que iba á adquirir mi espíritu cuando hubiese roto sus trabas. El placer que me proporcionaba se hizo extensivo á los asuntos de que trataba, y empecé á buscar los libros que podían ayudarme á comprenderle mejor. Los que unían la devoción á la ciencia eran los que más me convenían; tales eran particularmente los del Oratorio y de Port-Royal. Me entregué á su lectura con inaudito afán. Vinome á las manos uno del padre Lamy intitulado *Conversaciones sobre las ciencias*, que era una especie de introducción al estudio de los libros que tratan de ellas; lo lei y releí muchas veces, resolviendo tomarlo por mi guía. En fin, me sentí arrastrado poco á poco á pesar de mi estado, ó mejor, á causa del mismo, hacia el estudio con una fuerza irresistible; y creyendo que cada día era el último de mi vida, estudiaba con tanto ardor, como si me hubiese

creído inmortal. Decían que esto me dañaba; yo creo que me hizo bien, y no solamente á mi espíritu, sino también á mi cuerpo; porque esta aplicación, que degeneró en pasión, me fué tan deliciosa que, no pensando más en mis males, me atoraban mucho menos. Es sin embargo muy cierto que nada me producía un alivio real; pero, no sintiendo dolores vivos, me acostumbé á languidecer, á no dormir, á meditar en vez de obrar y, en fin, á ver la decadencia sucesiva y lenta de mi organismo, que sólo podía contener la muerte.

Esta opinión no sólo me libró de todos los vanos cuidados de la vida, si que también de la molestia de los remedios á que hasta entonces me habían sometido á pesar mío. Salomón, convencido de que sus drogas eran ineficaces para salvarme, me ahorró la obligación de tragarlas y se contentó con mitigar el dolor de mi pobre mamá, dándome algunas de esas recetas indiferentes que engañan la esperanza del enfermo, manteniendo el crédito del médico. Abandoné el estrecho régimen; volví á usar el vino y todo el método de vida de un hombre lleno de salud, según la medida de mis fuerzas, sobrio en todo, mas sin abstenerme de nada. Hasta salí de casa y reanudé mis relaciones, sobre todo las que me unían con el señor de Conzié, cuyo trato hallaba sumamente agradable. En fin, sea que me pareciese conveniente estudiar hasta mi última hora, sea que se ocultase en el fondo de mi corazón un resto de esperanza de vivir, la perspectiva de la muerte, lejos de entibiar mi afición al estudio, parecía animarlo; y me apresuraba á adquirir algunos conocimientos para el otro mundo, como si hubiese creído que no tendría en él más que lo que de éste me hubiese llevado. Me aficioné á la tienda de un librero llamado Bouchard, en que se reunían algunos literatos, y al aproximarse la primavera, que no creía volver á ver, me proveí de algunos libros para leer en las Charmettes, en el caso de que tuviese la dicha de pasar allí otra temporada.

Se realizó este deseo y lo aproveché cuanto pude. El placer con que vi apuntar las primeras yemas es inexplicable: ver la nueva primavera era para mí resucitar en el paraíso. No bien comenzaron á fundirse las nieves, cuando abandonamos nuestro calabozo y llegamos á las Charmettes á tiempo para gozar las primicias del ruiseñor. Desde aquel momento ya no pensé en morir; y realmente es muy extraño que jamás he sufrido enfermedades graves en el campo. He padecido mucho en él, pero nunca me he visto obligado á guardar cama. Con frecuencia, sintiéndome más enfermo que de ordinario, he dicho: « Cuando me veáis próximo á la muerte, llevadme á la sombra de una encina, os prometo revivir. »

Aunque me hallaba débil, desempeñé de nuevo mis funciones campestres, pero en proporción á mis fuerzas. Sentí vivamente no poder cuidar el jardín yo solo; mas cuando había dado seis golpes con la azada, quedaba sin aliento, me inundaba el sudor y no podía más. Cuando me inclinaba, las pulsaciones de mi sangre se redoblaban y me subía á la cabeza con tanta violencia, que me obligaba á enderezarme rápidamente. Limitado á cuidados menos fatigosos, me dediqué entre otros al del palomar, y me encariñé con él de tal suerte, que hubo días que me entretuvo largas horas sin sentirlo. La paloma es muy tímida y difícil de domesticar; sin embargo logré inspirar á las mías una confianza tan grande, que me seguían por todas partes y se dejaban coger sin ningún temor. Lo mismo era salir al jardín ó al corral, que volaban á posarseme dos ó tres en los brazos y en la cabeza, llegando al extremo de que, á pesar de lo mucho que me divertía este cortejo, me llegó á ser tan molesto, que me vi obligado á enfriar esa familiaridad. Siempre he gustado en gran manera de amansar los animales, especialmente los tímidos y salvajes. Me parecía encantador infundirles una confianza, que no fué burlada por mí. Quería que me amasen con libertad.

Dije que me había llevado algunos libros; me serví de ellos, más de suerte que antes contribuían á anonadarme que á instruirme. La errónea idea que tenía de las cosas me inducía á creer que, para leer un libro con provecho, era necesario poseer todos los conocimientos que el mismo suponía, bien lejos de sospechar que con frecuencia carecía de ellos el mismo autor, quien iba á buscarlos en otros libros á medida que los necesitaba. Con esta falsa idea, me veía obligado á detenerme á cada instante para recorrer incesantemente uno y otro libro; y á veces, antes de llegar á las diez páginas del que quería estudiar, hubiera tenido que apurar bibliotecas enteras. Sin embargo me obstiné de tal modo en seguir este extravagante método, que perdí en ello mucho tiempo, y por poco me embrollo de tal suerte, que me inutilizará para comprender ni saber nada. Afortunadamente eché de ver que andaba por mal camino y que me extraviaba en un laberinto inmenso, de donde me salí antes de perderme por completo.

Por poco apego que se tenga á las ciencias, lo primero que se experimenta al dedicarse á ellas es su enlace, que hace que se atraigan mutuamente, se ayuden y se aclaren, y que una no pueda subsistir sin la otra. Aunque la inteligencia humana no baste para abarcarlas todas y sea siempre preciso dedicarse á una con preferencia á las demás, si se carece de nociones de las otras, aun en la preferida, se halla uno con frecuencia á oscuras. Yo conocía que lo que había emprendido era bueno y útil en sí mismo y que sólo debía cambiar de método. Tomando por de pronto la *Enciclopedia*, la iba distribuyendo por sus distintas ramas; y vi que era mejor hacer todo lo contrario; esto es, tomarlas por separado y elevarse en cada una separadamente hasta el punto de concurrencia. Así vine á parar á la síntesis común; mas como hombre que sabe lo que se hace. La meditación en este punto reemplazaba en mí los conocimientos, y una reflexión muy natural me ayudaba á encaminarme

bien. Sea que viviese ó que muriese, no tenía tiempo que perder. No saber nada á la edad cercana á los veinticinco años, y querer aprenderlo todo, es obligarse á aprovechar mucho el tiempo. Ignorando en qué punto podía detener mi celo, la suerte ó la muerte me proponía á todo trance adquirir ideas sobre todas las cosas, así para sondear mis inclinaciones naturales, como para juzgar por mí mismo cuál de ellas merecía mejor ser cultivada.

De la ejecución de este plan, saqué otra ventaja que no había esperado, y fué la de aprovechar mucho el tiempo. Preciso es que yo no haya nacido para el estudio, porque una atención continuada me fatiga de tal modo, que me es imposible ocuparme con actividad durante media hora sin interrupción de una misma cosa, sobre todo siguiendo ideas ajenas; pues algunas veces me ha sucedido que, á pesar de detenerme mayor tiempo en las mías, he logrado un resultado favorable. Cuando me he fijado en algunas páginas de un autor que debe ser leído con atención, mi espíritu le abandona y se cierne en los espacios. Si me obstino, me fatigo inútilmente, se agotan mis fuerzas y nada veo; pero cuando se suceden asuntos diferentes, aun sin interrupción, uno me hace descansar del otro, y sin necesidad de descanso sigo más fácilmente. En mi plan de estudio me valí de esta observación, y lo varié de tal manera, que trabajaba todo el día sin fatigarme jamás. Cierto es que los cuidados domésticos y campestres hacían el papel de muy útiles diversiones; mas en mi creciente fervor, hallé en breve el medio de cercenar el tiempo de éstas para aumentar el del estudio y ocuparme en dos cosas á la vez sin pensar que se perjudicaban mutuamente.

En el relato de tantos detalles que á mí me halagan y con los que frecuentemente canso al lector, uso sin embargo una discreción que éste no sospecharía si yo no cuidara de advertirle de ella. Ahora, por ejemplo, me acuerdo con fruición de

todos los diferentes ensayos que hice para distribuir el tiempo de modo que me produjese á la vez tanta utilidad como deleite; y bien puede decirse que aquel tiempo en que viví, retirado y siempre enfermo, ha sido el en que he estado menos ocioso y menos aburrido. Dos ó tres meses pasaron así tanteando la inclinación de mi espíritu y gozando, en la mejor estación del año y en un lugar que la primavera convertía en un jardín encantado, de las delicias de la vida, cuyo valor tan bien experimentaba, de las de una compañía tan libre como dulce, si puede darse semejante nombre á una unión tan perfecta, y del placer de los bellos conocimientos que me proponía adquirir; pues que para mí era como si ya los poseyese, ó mejor dicho, era más todavía, porque el gusto de aprender entraba por mucho en mi felicidad.

Es necesario pasar por alto todos estos ensayos, que para mí eran goces, pero harto simples para poder explicarse. Hay más: el verdadero placer no se describe, sólo se siente y tanto más, cuanto menos puede describirse, porque no resulta de un conjunto de hechos, sino de un estado permanente. Incurro en frecuentes repeticiones, mas incurriría aún en muchas más, si dijera una cosa tantas veces como se me ocurre. He aquí poco más ó menos la distribución del tiempo, cuando por fin mi método de vida, á menudo modificado, comenzó á seguir un curso uniforme.

Todos los días me levantaba al amanecer, por un vecino vergel subía á un hermoso camino, que se extendía por encima de la viña y seguía la cuesta hasta Chamberi. Allí, mientras me paseaba, hacía mi oración, que no consistía en balbucear algunas vanas palabras, sino en una sincera elevación de espíritu hacia el autor de esa admirable naturaleza, cuyas bellezas se desplegaban ante mis ojos. Nunca me ha gustado hacer mis oraciones en una habitación; me parece que las paredes y todas esas pequeñas obras del hombre se interponen entre Dios

y yo. Me gusta contemplarle en sus obras, mientras mi corazón se eleva á él. Mis preces eran puras y por lo tanto dignas de ser escuchadas; no pedía para mí y para aquella de quien en mis aspiraciones jamás me separaba más que una vida inocente y tranquila, exenta del vicio, de dolores, de penosas necesidades, la muerte de los justos y su suerte en la posteridad. Por lo demás, este acto consistía más en admiración y contemplación que en súplicas; y no ignoraba que el mejor medio de obtener del Dispensador de los verdaderos bienes los que nos son necesarios, es más que pedirlos, merecerlos. Al volver, daba un rodeo de bastante consideración, embebido en considerar con interés y voluptuosidad los objetos campestres que me rodeaban, únicos que jamás fatigan los ojos ni el corazón. De lejos observaba si mamá estaba levantada; cuando veía abiertas las maderas de su ventana, me estremecía de gozo y acudía volando; si estaba cerrada, entraba en el jardín, esperando que despertarse, entreteniéndome en repasar lo que había aprendido la vispera ó bien trabajando en el jardín. Así que se abría la ventana, iba á abrazarla en su lecho, á menudo medio dormida; y este abrazo, tan puro como tierno, hacía brotar de su misma inocencia un ençanto, que nunca va unido á la voluptuosidad de los sentidos.

Nos desayunábamos de ordinario tomando café con leche. Era la hora del día en que estábamos más tranquilos, en que hablábamos con más desahogo. Estas conferencias, por lo regular largas, me han dejado una viva afición á los desayunos; y prefiero infinitamente la costumbre de Inglaterra y de Suiza, en que se reúnen todos para el desayuno, á la de Francia en donde, cada cual se desayuna sólo en su cuarto y aun con más frecuencia no se desayuna. Después de una ó dos horas de conversación, me iba á mis libros hasta la hora de comer.

Empezaba por alguno de filosofía, como la *Lógica* de Port-Royal, el *Ensayo* de Locke, Malebranche, Leibnitz, Descartes, etc.

Pronto eché de ver que todos estos autores estaban en perpetua contradicción entre sí y formé el quimérico proyecto de concertarlos, proyecto què me fatigó mucho y me hizo perder bastante tiempo. Me llenaba de confusión la cabeza y no adelantaba nada. También renuncié á este método y adopté otro infinitamente mejor, al que atribuyo cuantos progresos puedo haber hecho, á pesar de mi escasa capacidad; porque es muy cierto que siempre he tenido muy poca para el estudio. Al leer cada autor, me impuse la obligación de seguir el curso de sus ideas sin mezclar en ello las mías ni las de otro alguno y sin discutir con él. Decía para mí: Empezemos por formar un almacén de ideas, verdaderas ó falsas, pero claras, hasta tanto que mi cabeza posea datos suficientes para comparar y escoger. Ya sé que este método no está exento de defectos, pero me ha producido buen resultado para mi objeto, que era instruirme. Al cabo de algunos años empleados en no pensar más que en amoldarme á las ideas de otros sin reflexionar, por decirlo así, y casi sin raciocinar, me encontré con un fondo de conocimientos bastante considerable, para bastarme á mí mismo y meditar sin ajeno auxilio. Desde entonces, cuando los viajes y los quehaceres me han quitado los medios de consultar los libros, me he entretenido en repasar y comparar lo que había leído, en pesar cada cosa con la balanza de la razón y á veces en juzgar á mis maestros. Por haber comenzado tarde á ejercitar mi raciocinio, no he notado que hubiese perdido su vigor; y cuando he dado á luz mis propias ideas, nadie me ha acusado de servil discípulo y de jurar *in verba magistri*.

De aquí pasé á la geometría elemental; porque nunca he ido más allá por obstinarme en vencer mi falta de memoria, á fuerza de volver cien y cien veces atrás empezando de nuevo sin cesar la misma marcha. No me gustó la de Euclides, quien más bien busca el encadenamiento de las demostraciones, que la trabazón de las ideas; preferí la del padre Lamy, que desde

entonces fué uno de mis autores favoritos y cuyas obras siempre leo con gusto. Siguió el álgebra y continuó siendo mi guía el padre Lamy; cuando me hallé más adelantado tomé *la Ciencia del cálculo* del padre Reynault, luego su *Análisis demostrado*, que no hice más que ojear. Nunca he estado á bastante altura para conocer en toda su extensión la aplicación del álgebra á la geometría. Era poco amigo de ese método que tienen algunos de operar sin ver lo que se hace; y me parecía que resolver un problema de geometría por medio de ecuaciones, era tocar una sonata dando vueltas á un manubrio. La primera vez que encontré por medio del cálculo que el cuadrado de un binomio estaba compuesto del cuadrado de cada una de sus partes y del doble producto de la una por la otra, á pesar de la exactitud de la multiplicación, no quise creerlo hasta que hube construido la figura. Y no es que me agradase en extremo el álgebra que no considera más que la cantidad en abstracto; mas una vez aplicada á la extensión, quería ver las operaciones en los cuerpos, y no siendo así nada comprendía.

Después de esto venia el latín. Éste era mi estudio más penoso y en el cual jamás he adelantado mucho. Al principio seguí el *Método latino* de Port-Royal, pero sin fruto. Aquellos versos ostrogodos me daban calentura y no podían pegarse á mi oído. Me perdía en aquel cúmulo de reglas, y al aprender la última olvidaba todo lo que le precedía. Un estudio de palabras no es conveniente para un hombre sin memoria, y precisamente para obligar la mía á desarrollarse, me empeñaba en este ejercicio: mas al fin hube de abandonarlo. Comprendía la construcción lo bastante para entender un autor fácil con ayuda del diccionario y seguí este camino, que me fué mucho mejor. Dedicuéme á la traducción, no escrita sino mental, y no pasé de aquí. Á fuerza de práctica he logrado leer con bastante facilidad los autores latinos, pero jamás he podido hablar ni escribir en esta lengua; cosa que me ha puesto en apuros con fre-

cuencia cuando, sin saber cómo, me he hallado afiliado entre los literatos.

Otro inconveniente, consecuencia de este modo de estudiar, es que nunca he sabido la prosodia y menos aún las reglas de la versificación; sin embargo, deseando conocer la armonia de la lengua en verso y en prosa, me he esforzado lograrlo; pero estoy convencido de que sin aquéllo es casi imposible. Habiendo aprendido la composición del más fácil de los versos, que es el hexámetro, tuve la paciencia de medir casi todos los pies y la cantidad; luego, cuando dudaba de si una sílaba era larga ó breve, consultaba mi Virgilio. Como se comprende, esto me hacía cometer muchos errores á causa de las licencias consentidas por las reglas de la versificación. Mas si el estudiar sólo tiene sus ventajas, tiene también grandes inconvenientes y sobre todo produce un trabajo increíble. Yo sé esto mejor que nadie.

Antes de medio día dejaba los libros, y si la comida no estaba pronta, hacía una visita á mis palomas ó me entretenía en el jardín aguardando la hora. Cuando me llamaban, acudía en seguida muy contento y con gran apetito, pues es otra cosa digna de notarse que éste nunca me falta por más enfermo que me halle. Comíamos apaciblemente, hablando de nuestros asuntos, mientras llegaba el momento, que mamá pudiese empezar á comer. Dos ó tres días á la semana, cuando hacía buen tiempo, íbamos á tomar el café detrás de la casa en una deliciosa glorieta cubierta de árboles, y que yo había adornado con lúpulo, donde nos recreábamos durante el calor; allí permanecíamos una hora escasa visitando nuestras legumbres, nuestras flores, y conversando sobre nuestro modo de vivir, lo cual nos hacía saborear mejor su dulzura. En el extremo del jardín tenía yo otra pequeña familia; eran las abejas. No me descuidaba, y mamá conmigo muchas veces, en ir á visitarlas; tomaba gran interés por su trabajo; me divertía gran

demente viéndolas volver de la pecorea tan hartas de néctar que apenas podían andar. Al principio, la curiosidad me hizo indiscreto, y me picaron dos ó tres veces; pero luego nos hicimos tan amigos, que por más que me acercase no me molestaban; y cuando las colmenas estaban tan rellenas que casi no quedaba espacio para los enjambres, éstos me rodeaban á veces, y tenía abejas en las manos y en el rostro sin que ninguna me picase jamás. Todos los animales desconfían del hombre, y no sin razón; mas desde el momento en que tienen la seguridad de que no quiere dañarles, cobran una confianza tan grande, que es preciso ser más que bárbaro para abusar de ella.

Luego volvía á mis libros; pero mis ocupaciones de la tarde eran más bien recreaciones que verdadero estudio. Jamás he podido sobrellevar un trabajo atento y sedentario después de haber comido, y en general ninguna clase de fatiga durante las horas de calor. Por consiguiente, me ocupaba, pero ligeramente, leyendo, sin estudiar. Lo que seguía con más exactitud era la historia y la geografía; y como éstas no exigían ningún esfuerzo, adelantaba cuanto lo permitía mi falta de memoria. Quise estudiar el padre Petau y me sumergí en las tinieblas de la cronología; pero me cansé de la parte crítica, que no tiene fondo ni orillas, y me aficioné preferentemente á la exacta medida de los tiempos y al curso de los cuerpos celestes. También me habría apasionado por la astronomía, si hubiese tenido instrumentos; pero tenía que contentarme con algunos elementos hallados en los libros y algunas observaciones verificadas con un antejo de larga vista, sólo para conocer la situación general del cielo; porque mi corta vista por sí sola no me permite distinguir los astros con bastante claridad. Sobre este punto recuerdo una aventura, cuyo recuerdo me ha proporcionado alegres ratos.

Había comprado un planisferio para estudiar las constela-

ciones; lo puse en un marco, y durante las noches en que el cielo estaba sereno lo colocaba sobre cuatro piquetes de mi altura de modo que el planisferio mirase hacia abajo, y, para iluminarle sin que el viento apagara la bujía, la coloqué en un cubo, en tierra entre las cuatro estacas: luego, examinando alternativamente el planisferio que tenía á la vista y los astros con el antejo, me ejercitaba en conocer los astros y las constelaciones. Creo haber dicho que el jardín del señor Noiret estaba en forma de terraza; de modo que desde el camino se veía todo lo que contenía. Una noche, pasando algunos campesinos en hora algo avanzada, me vieron en un traje extraño ocupado en mi operación. La luz que se reflejaba en mi planisferio, cuyo origen quedaba oculto á sus ojos por los bordes del cubo, los cuatro palos, aquel gran papel manchado con figuras, aquel marco y el movimiento de mi antejo que veían ir y venir, daba á todo esto un aspecto fantasmagórico que les espantó. Mi apariencia no era muy á propósito para tranquilizarles; un sombrero alicaído puesto sobre mi gorra y una bata acolchada de mamá, que me obligó á ponerme, ofrecía á sus ojos la imagen de un verdadero brujo; y como era cerca de media noche, se figuraron que comenzaba el aquelarre. No queriendo ver más, huyeron despavoridos despertando á los vecinos para contarles su visión; y la historia se divulgó tanto, que desde el día siguiente supo todo el vecindario que en casa del señor Noiret un aquelarre tenía lugar. Ignoro lo que hubiera podido resultar de este rumor, si uno de los campesinos, testigo de mis conjuros, no hubiese ido el mismo día á lamentarse con los jesuitas, que nos visitaban, y que sin saber de qué se trataba, por de pronto les desengañaron. Nos refirieron la historia; yo les revelé la causa y nos reímos grandemente. Sin embargo, por temor de reincidencia, resolvimos que en adelante haría mis observaciones sin luz, yendo luego á consultar el planisferio en la casa. Los que hayan leído mi